

## UNA EXPOSICION ARTISTICA DE AFICIONADOS

Estas muestras artísticas de aficionados, que en muy rara ocasión se ofrecen aquí en nuestro ambiente, nos salen al paso con más de una sorpresa. Eso ocurre también en otras partes. Por ello, como soslayando el menoscabo de su nombre, los artistas profesionales suelen recelar y hasta abominar de los conatos del buen aficionado. Pero a veces la vocación auténtica se encuentra en éste, y no en aquel que pinta o entalla por oficio, para agenciarse los congruos medios de sustentación. Un deleitable movimiento del espíritu, una necesidad del gozo puro de la estética es lo que impele a esforzarse al hombre que simpatiza con alguna de las artes. Ni siquiera hay en él ese farisaico interés de la notoriedad, que corrompe los ideales de tanto pintor, escultor o literato titular. Y gracias a ello puede sentirse lejano de esas grescas artísticas que son tan comunes entre los que pugnan famelicamente por el pan o el renombre.

El arte, es cierto, no demanda únicamente alguna fugaz propensión emotiva, un transeúnte calor de simpatía, un fortuito destello de inspiración. Tiene que estar surtido por la pasión más erguida y cabal, por el afán más obsesivo, por el ensueño y el desvelo más constantes, por el temblor de un alma apta a las incitaciones y el esfuerzo de una inteligencia que estudie las complejidades de la técnica y resuelva los entresijos de la idea y su expresión. Ser artistas legítimos, en la dimensión de tales exigencias, no parece muy sencillo. ¿Cuántos lo serán de veras, entre nosotros?

Por lo mismo, entre los que alardean de profesionalismo sin contemplar su orfandad de aquellas facultades y los



que cumplen esporádicos pero amorosos acercamientos al arte, nuestro espíritu halla más justo y placiente inclinarse sobre los segundos.

Un grupo de médicos ecuatorianos ha exhibido en estos días algunas obras pictóricas y de escultura, revelando con ello su talento de aficionados a la armonía de las formas. Que los médicos, cuyo ejercicio acostumbra desdeñar todo lo que no cae dentro del murado solar de la especialización científica, cobren destreza en el imponderable ministerio de las artes: que ellos logren vencer la inepticia o desafecto para manifestaciones extrañas a su profesión, y singularmente para las altas virtudes de la estética, es empeño que reclama la mayor adhesión. La unilateralidad en nuestras labores, en nuestras preocupaciones, en nuestro conocimiento, va anulando capacidades que ni siquiera sospechamos en nosotros. Voraz el deseo de la especialización, muchas veces desmedra lo más noble de nuestra personalidad. Hay probablemente un buen número de vocaciones frustradas, que se han quedado en el limbo de lo mediocre, por esta necesidad de imponer un cauce opresor a nuestras actividades. Y lo peor de todo está en mirar despectivamente con aparente orgullo aquellas cosas para las que hemos ido perdiendo inteligencia y sensibilidad, atados como estamos a la vil esteva de nuestras obligaciones cotidianas.

Este grupo de aficionados nos prueba cómo pueden coexistir en un mismo espíritu, sin hacerse daño, sin atentar el uno contra la vida del otro, el médico y el artista. Al realizar su exposición de pintura y escultura no ha pretendido hacer fisga de su adusto ejercicio profesional; pero tampoco conspirar contra la seriedad del arte. El paciente —siempre que no se trate de algún payo cargado todavía del tufo de la aldea— no ha de comenzar a recelar de su facultativo porque le vea pulsar unos versos, manchar una tela o figurar en la arcilla o la madera. El artista, a su vez, no ha de tomar una actitud aspada, defensiva o agraviosa, contra el sensible diletante que ha aspirado a penetrar en el recinto de las formas bellas.

Comunmente —según quedó ya afirmado— estas muestras de la simple afición artística dejan más de una sorpresa. Es propio hablar de sorpresa, porque la tentativa de los más se queda como arañando en el vacío, sin llegar al plano de la verdadera realización. Pero esos logros inespe-



rados son en algunos casos tan plenos y persuasivos, que la admiración del espectador resulta doble, por el encanto que se desprende de aquellos como por la fuerza de la sorpresa misma.

La exposición de nuestros médicos, aprehendida en su conjunto, nos salva en primera instancia de una impresión que parece haberse gozado en esclavizarnos hasta ahora: la pesadillesca impresión de nuestros artistas abstractos, que quieren convencernos de que un árbol se asemeja a una guitarra o un molusco a un caballo. No significa esta observación que las imágenes del arte deban guardar una sumisión paralítica y servil a la forma y medida de las cosas. Tiende ella a insinuar que cierta claridad plástica es tan indispensable como la de las letras, por más esotéricas que busquen ser éstas. La libertad para el estilo y cierta sensatez de la conciencia artística pueden convivir en un superior equilibrio. La extrema audacia, la predilección desaprensiva por el absurdo, degenera en el disparate, en la ola que ensaya muecas sin poder detenerse, en el grito que se rompe en el aire. Un temperamento fortalecido por la comprensión cabal de los objetivos del arte vale más que una presunta originalidad de aquéllas.

Pero nuestros médicos expositores no han intentado apoyarse únicamente en la realidad, como si les hubiera postrado una incapacidad para el vuelo de la ficción artística. Algunos se han manifestado abstraccionistas en la proporción en que convenía serlo. Si para los pitagóricos las cosas dejaban de ser cosas para convertirse en números, para algunos de estos noveles artistas los objetos se han resuelto en manchas de color, en líneas que vibran, en pinceladas que gesticulan, en materia que se esfuerza por captar la plasticidad de la vida. Imitando a los buenos maestros han hallado los recursos de la técnica. Y ésta ha sido a posteriori con relación a su entusiasmo, a su necesidad de gozo estético, a su impulso de crear belleza.

Una de las sorpresas mayores de esta exposición ha sido la de la obra escultórica del doctor Oswaldo Rodríguez. Hay en él la personalidad del artista auténtico. Sus producciones pueden estar en cualquier certamen nacional, no solamente por mérito indiscutible, sino con derecho de primer orden. Pocas manos habrá más cargadas de animación, de voluntad creadora, de certeza artística que aquellas con que ha ido plasmando "Gravidez", "El Sembrador"



o "Cabeza de Niña Negra". Seguramente su encomiada destreza para la cirugía del cerebro ha vuelto tan delicado su tacto y tan aguda su percepción de los rasgos, ángulos y expresiones del rostro. En ello es casi impar su facultad, en el ámbito de lo nuestro.

"Gravidez", por otra parte, es de una encantadora plasticidad. El doctor Rodríguez ha soslayado con inteligencia de maestro la brusquedad de los caracteres más visibles e inmediatos. Una negra de muslos finos y altos encarna la futura maternidad. Pero su estado grávido no está en la levísima, imperceptible comba del vientre, sino en las manos que con dulzura de ala vigilan la aurora de la nueva vida, en el seno redondo y pleno, casi vibrante, en el que parece ya anunciarse el temblor de los ansiosos labios ternuzuelos, en la opulencia sensual de sus caderas.

También "El Sembrador" muestra con qué elasticidad trabaja sus figuras este talentoso escultor. Más que lo anecdótico hay allí lo alegórico. El autor ha estilizado el esfuerzo del campesino que aventaja su semilla sobre el pedazo de suelo, que no oprimen sus pies, sino del que parece que surge su figura toda. Exactamente como un demiurgo de la tierra. Un recuerdo de Rodin, de su energía y su ritmo, ha querido comunicarnos el doctor Rodríguez en este trabajo.

Sorpresas muy apreciables nos han deparado también los doctores Eduardo Iturralde, Ricardo Descalzi, Asdrúbal de la Torre y Montesinos. Todos ellos poseen un talento artístico que no es el del simple aficionado. Saben distribuir con armonía la superficie de la tela, usar con sobriedad los colores, pero tornándolos intensamente expresivos, y conocen, sobre todo, cómo prender la vida en el mundo de su estética. Por manera que el que contempla sus cuadros se siente atraído no sólo por la fuerza del tema, sino por el estilo de pintar de tan cabales artistas.

**G.R.P.**